

jaban, ó misioneros para los pueblos al través de los cuales llevaban valientemente su predicacion humanitaria. Y no hablamos aquí de los dogmas metafísicos de Platon y de sus discípulos póstumos de Alejandria, que habian de servir de base á los Concilios para fijar los dogmas católicos. Asi es que la filosofía, y por esto entendemos no las doctrinas de los estoicos, ni de Platon, ni de Epicuro, ni de Aristóteles, sino el conjunto de lo que cada uno de ellos ha dicho de bueno, asociando la justicia á la piedad (palabras textuales de Clemente de Alejandria) fué un antecedente necesario del cristianismo.

Pero las supersticiones lo ayudaban también; ya conocemos la inmensa fama que las prácticas extrañas de los cultos orientales tenian en Roma; pues bien, en estos cultos yacian confusamente hundidas bajo ritos impuros las ideas de redencion del género humano, de pasion de un dios por los hombres, de resurreccion etc., y culto habia como el del medianero y redentor Mithras, de origen persa, popularísimo entre los latinos entónces, en que la eucaristía y otros ritos, le daban á tal punto una semejanza con el cristianismo, que Tertuliano, opina que era una invencion del diablo para remedar á la nueva religion.

A pesar de la inmensa fusion de mitos que constituía el polytheismo de entónces, á pesar de la unificacion religiosa intentada por los emperadores con el culto de Roma, estas abstracciones no tenian valor ninguno para el vulgo, ni la religion oficial sin clero y sin artículos de fé precisos, era capaz de combatir las corrientes que venian de todas partes y que, por regla general, tendian al monotheismo.

La iglesia cristiana tenia para aquellas almas inquietas, que sentian vagamente la aproximacion de un gran ca-

taclismo social, despues de dos siglos de placer y de paz, un secreto maravilloso, un bálsamo divino, al que tarde ó temprano recurririan los oprimidos: este era la doctrina de la inmortalidad del alma reducida á artículo de fé y sirviendo de base á toda la religion.—Todos los que sufrían, esperaron y fueron así consolados. Esta es la gran causa de la victoria cristiana.—Pero para obtenerla la iglesia se habia preparado admirablemente.

Los ancianos (presbíteros) habian gobernado primero las iglesias: uno de ellos presidió la reunion de los presbíteros, para tratar de los intereses comunes de las iglesias en aquellos atribulados tiempos: este fué el episcopo; adecuándose á las divisiones públicas del imperio, en cada gran ciudad, metrópoli de la provincia, hubo un obispo que gozaba de mayor autoridad que los otros. A ejemplo de las asambleas provinciales, tuvo la iglesia sus concilios, que comunicaban sus decisiones los unos á los otros zanjando así los cimientos de la solidaridad de todos los cristianos. Más aún; el obispo de Roma, de la ciudad cabeza del imperio, que guardaba segun una tradicion que nada tiene de inverosímil, las tumbas de Pedro y Pablo, de la ciudad ilustrada por tantos martirios, en cuyo seno se habian consagrado los fieles abrigos que eran también cementerios (1) empezaba á ser considerado como el jefe de los demás obispos. Esta jefatura, que es á la ejercida hoy por el Papa, lo que la molécula al mundo, no estableció sus humildes principios sin lucha; pero ya era una realidad.

(1). Rossi. *Roma sotterranea cristiana* 3. vol. Este infatigable explorador de las catacumbas ha demostrado 1º Que el cristianismo en Roma hizo muchos más prosélitos de lo que se cree, 2º Que las catacumbas son obra de los cristianos, puesto que las canteras solo ocupan una parte insignificante de ellas y 3º Que en su mayor parte eran hechas á ciencia de la autoridad, que permitía estas asociaciones de funerales entre los pobres.

Así la iglesia, nacida en las ciudades del Imperio, al amparo de las sinagogas judías, era ya un organismo, que por la admirable habilidad con que habia ponderado en su seno los elementos democráticos (el pueblo elegía) los aristocráticos (obispos), y el monárquico (Papa), y por el principio fecundo de representacion (concilios) era superior al organismo imperial y debia sobrevivirle. Si á esto se agrega que la patria celestial del cristiano lo desprendia de la terrestre, lo que le hacia ver en el bárbaro un hermano y lo armaba de indiferencia ante la ruina del mundo romano, habrá lo bastante para explicar los destinos de la religion cristiana, desde el punto de vista verdaderamente histórico.

*Commodo.—Pertinax.—Didius Julianus.*—180.-193. — *Marcus Lucius Aelius Aurelius Commodus* era el primer emperador que habia nacido en la púrpura: su padre lo colmó de honores desde niño, y el alma dura de su madre Faustina, se manifestó en él precozmente. A los 19 años subió al sòlio, y corrió el rumor de que habia envenenado á su padre, lo que probablemente era falso. Dejó las fronteras al cuidado de sus generales Marcellus, Pertinax, Niger, Albinus, Septimius Severus, y aseguró la paz, devolviendo á los bárbaros muchas fortalezas y haciendo cesar el reclutamiento que entre ellos se habia practicado siempre, para hacer ingresar á sus mejores guerreros en el ejército romano. No importaba que esta política fuese mala, lo que Commodo queria era volver á Roma y gozar.

Una vez en su capital, dejó á su prefecto de guardias, Perennis, el gobierno del Imperio, y se entregó á los más escandalosos excesos. Es verdad que la poderosa máquina del imperio marchaba sola, entretanto, pero los hábitos

viriles y la disciplina militar desaparecian. Commodo era un gladiador. Gustaba de luchar en el circo sin peligro, de matar, de olfatear y palpar la sangre humana. Esta bestia feroz se hacia adorar como un nuevo Hércules, y si no llevó adelante los milagrosos trabajos consignados en la mítica griega, sí mataba hasta 100 osos en un dia. Los senadores, entre quienes estaba el historiador Dion Casius, con el alma entre los dientes, decretaban á porfía honores divinos al gladiador; de su reinado se dató el *seculo aureo* de Roma, que ya no se llamó así, sino la *Colonia Commodiana*.

Despues de una conspiracion contra el emperador, en la que Lucilla, hija de Verus, tomó parte, empezaron las ejecuciones y las confiscaciones. Este sistema hacia crecer el miedo de Commodo, que entregó á la amotinada soldadesca de Bretaña á su favorito Perennis, á quien dieron muerte ignominiosa, y al populacho de Roma, á su nuevo favorito, el cargador Cleander. Este, de acuerdo con el emperador, habia encarecido los víveres, para lucrar; la multitud, exasperada por eso, por un incendio terrible que tuvo lugar entónces, por la peste que en tiempo de Marco Aurelio habia hecho inmenso estrago, y ahora reaparecia más cruel que nunca (2,000 muertos diarios en Roma), se volvió loca de furor. (189). Mientras esto sucedia, el imperio, desgobernado, veía á un bandido, Maternus, enseñorearse de alguna provincia y amenazar al monarca en la propia capital. Solo los cristianos disfrutaron de paz completa, gracias, sin duda, á Marcia, cristiana y concubina del emperador. Cuando ésta se sintió amenazada, reunida á algunos oficiales del palacio, como Letus y Eclectus, tramó un complot, y una noche que el emperador pasaba en una escuela de gla-

diadores, preparándose para las *Sauriales*, lo hizo estrangular. (Diciembre de 192).

El emperador proclamado por los conspiradores, era un hijo de un carbonero de la Liguria, que había empezado por ser maestro de gramática, y después había recorrido los más altos grados del ejército; era entonces prefecto de la ciudad; tenía cincuenta y cuatro años y se llamaba *Publius Helvius Pertinax*. Empezó por introducir un orden severo en el Senado y una fuerte disciplina entre los pretorianos, lo que los disgustó profundamente, mientras el pueblo se disgustaba también por la disminución de donativos. Uno de los matadores de Commodus, Letus, aprovechando la mala impresión que había causado entre los pretorianos la ejecución de varios de sus compañeros que habían conspirado contra el emperador, los sublevó; trescientos de ellos partieron del campamento, invadieron el palacio y asesinaron al inermeciano (193). Había reinado tres meses.

Cuando los asesinos volvieron al campamento llevando en una pica la cabeza de Pertinax, Sulpicianus, enviado por el emperador asesinado para calmar a la soldadesca, quiso el imperio y ofreció un rico donativo; sábelo el rico patricio *Marcus Didius Severus Julianus* y corre al campamento, sube al muro y ofrece más; así empezó el remate del imperio; por fin, Juliano ofreció 1,200 pesos a cada soldado, fué proclamado emperador, y el senado temblando de miedo, confirmó la elección y decretó la muerte de Marcia y de los asesinos de Commodus.

Al conocer aquel hecho vergonzoso las legiones se sublevaron; las de Siria mandadas por Pescenius Niger y las de Pannonia por Septimus Severus. Este se mamejó con tal actividad

que al poco tiempo tenía varias legiones a sus órdenes, con las que marchó rápidamente sobre Roma. Juliano amenazó, suplicó, ofreció una transacción, que Severo sería declarado su colega, admitió a los funcionarios nombrados por este en Roma; nada le valió, los pretorianos sublevados por los agentes de Severo, entregaron a los 300 asesinos de Pertinax que fueron ejecutados en el acto y el Senado condenó a Juliano. Lo mataron en su cama. ¿Qué mal he hecho? decía (Junio-193).

*Lucius Septimius Severus* (193-211) Pertenece el emperador a una noble familia de Leptis (Africa) y se cuenta que su hermana no sabía el latín: él había recibido una educación de jurisconsulto y de militar a un tiempo; Papinianus fué condiscipulo suyo. Empezó ejecutando a los asesinos de Pertinax y desarmando y degradando al resto de los pretorianos; y después de celebrar con pompa inmensa el apoteosis de Pertinax, Severo marchó contra Niger, excelente oficial, que proclamado emperador por las legiones sirias, había sometido de grado ó por fuerza el Asia romana, el Egipto y ocupado a Bizancio. Los lugartenientes de Severo batieron a Niger en Kizika, en Níkea, pasaron el Taurus, tornaron a vencerlo en Issos y el emperador de un día fué ejecutado en Antioquia. Solo Bizancio se resistió tres años; tomada al fin fué tratada con clemencia. Los partidarios de Niger, hombres y ciudades, fueron severamente tratados al principio y sus enemigos colmados de favores; al fin todos participaron de la gracia imperial.

Severo emprendió la consolidación por las armas de la preponderancia romana en los valles del Eufrates y el Tigris, y estaba en Mesopotamia cuando supo la rendición de Bizancio; regresó entonces a Roma (196) Albinus, el caudillo de las legiones de Bretaña, había

sido colmado de honores por el emperador y declarado César. Pero veía crecer con inquietud a los hijos de Severo, por un lado, y por otro la aristocracia romana lo invitaba a aprovecharse de la ausencia de Severo para apoderarse de Roma. A su vuelta a la capital el emperador hizo declarar a Albinus enemigo público, dió a su hijo Aurelio Antonino (Caracalla) el título de César, se hizo proclamar hijo de Marco Aurelio y marchó contra el rebelde. El choque fué terrible, y la inquietud y la desesperación de aquella sociedad, causada de guerras era tal, que el pueblo entero se levantó un día en masa en el circo, gritando: *la paz, la paz, por la salud del pueblo*. Los abinistas fueron vencidos en Lyon, en medio de una espantosa carnicería; Albino se suicidó. Severo, que había encontrado los hilos de la conspiración de la aristocracia con Albino, se volvió terrible contra el Senado; veintinueve senadores perecieron, y la España y las Galias tuvieron también sus proscripciones.

Apénas había concluido esta guerra cuando Severo se vió obligado a volver al Asia, porque Vologeso IV y los parthos habían invadido la Mesopotamia. Llevó sus armas hasta Ktesifon, en donde hizo 100,000 cautivos; en la retirada, difícil como siempre, Severo no pudo apoderarse de la plaza fuerte de Atra. Los soldados en esta campaña proclamaron *Augusto* a Caracalla, y *César* a Geta.

Severo se detuvo algún tiempo en el Asia y siguiendo las huellas de Hadriano llenó de magníficas construcciones las ciudades, cubrió los caminos del desierto de rutas y fortalezas que guardan los vestigios de la más refinada civilización en lugares en donde no se atreve a aventurarse el viajero hoy; y en las rocas del Sinaí ó en las gargantas del Haou-ran, se encuentran inscripciones en

que el legionario ha formulado así el espíritu civilizador del imperio: *sum civis romanus*. Severo visitó el Egipto, subió hasta Thebas, en donde hizo restaurar y enmudecer la estatua de Memnon, y permaneció algún tiempo en Alejandría. En 202 volvió a Roma por la Thracia y las Provincias danubianas.

En la capital todo era fiestas; en el curso de ellas, el año de 104, tuvo lugar un incidente extraño. Plautianus, suegro de Caracalla, y de quien eran enemigos jurados la emperatriz, la siria Julia Domna y su yerno, tenía los honores y el rango de un vice-emperador y por más acusaciones é intrigas que se tramaban contra él en la familia imperial, Severo que reservaba en él un guía y un consejero para sus hijos, lo apoyaba. Caracalla inventó una conspiración contra su padre y contra él, y a la vista de Severo, y en su propia habitación hizo dar muerte a Plautianus. Esto indicaba cuán débil era el padre con aquel joven monstruo. Muchos inocentes perecieron a consecuencia de esta pretendida conspiración. Con este motivo algunos historiadores, Duruy, entre otros, rebajan demasiado el carácter del Senado: ¿qué podían hacer estos hombres, que no contaban con un soldado? Nada. Pero conservaron siempre por lo menos, el derecho de aprobar la elección de los emperadores, y en la época de confusión que iba a venir este derecho mantuvo con la fuerza moral del senado el centro de autoridad para el imperio.

Este emperador, á causa del inflexible vigor que usó algunas veces con sus enemigos, ha sido comparado á Luis XI, pero era superior al rey frances de quien no se podía decir lo que de Severo decía Dion: no hizo morir á nadie para procurarse dinero. Basta recordar que su amigo de la juventud Papiniano había sucedido á Plautianus, y

que Paulo y Ulpiano formaban parte de su consejo, que la multitud de lacayos y domésticos que hasta entonces habían gobernado el imperio había desaparecido, y la mujer del emperador que inauguró la importantísima influencia de las mujeres sirias de la familia de Severo en aquel período de transición, Julia, hija del gran sacerdote del sol en Emesa, era llamada *domna* por los soldados (contracción de *domina*) y la filósofo por el gran círculo de personas de talento que la rodeaba y en donde brillaban, además de los jurisconsultos mencionados, los primeros de su época y de todas las épocas, quizá, Diógenes Laercio, el insignificante autor de las *vidas de los filósofos*, el retórico Filostrato, autor de una vida fantástica de Apolonio de Tyana, el célebre taumaturgo de quien la corte de Severo quiso hacer un rival de Jesús, y Eliano, y Galiano y Sammonicus, apasionados por los secretos de la naturaleza.

A estas reuniones daban mayor atractivo Julia Mæsa, hermana de la emperatriz, que llegó á ser abuela y creadora de dos emperadores y sus hijas Julia Sæmias, que fué madre de Elagabal, y Julia Mammæa que lo fué de Alejandro Severo. Todas estas mujeres curiosas de penetrar en el movimiento religioso de la época, apegadas al pitagorismo alejandrino que tenía tantos puntos de contacto con el cristianismo, adoradoras de Apolonio de Tyana en quien veían un Cristo pagano y amigas de Orígenes que era para ellas un Pitágoras cristiano, trajeron al gobierno del imperio un penetrante perfume de orientalismo que debía consumir la disolución de la vieja religión de Roma y hacer á la sociedad escogida del imperio, devota del sol, y por fin de un Dios único.

Con jurisconsultos de la talla de los que hemos mencionado, Severo dió in-

numerables disposiciones excelentes y útiles, modificando el rigor de la penalidad, endulzando el de la confiscación, el de la suerte de los hijos habidos fuera de matrimonio, castigando á los acusadores temerarios, velando por los menores, continuando la obra santa de mejorar la condición del esclavo, en quien la jurisprudencia y la filosofía veían ya un hombre, y cayendo en el error de querer reformar radicalmente las costumbres inmorales de su tiempo por medio de leyes sobre el adulterio, etc. Solo que al revés de otros emperadores él daba el ejemplo de una vida laboriosa y honrada.

En la época de Severo el cristianismo estaba ya formado, una serie de hombres notables enriquecían con sus producciones la literatura de la religión naciente, desde las epístolas de Pablo hasta las ardientes producciones polémicas de Tertuliano; las tradiciones estaban condensadas ya en muchos escritos griegos, de entre los cuales la iglesia había seleccionado los cuatro evangelios, la historia de los apóstoles del autor del tercer evangelio, Lucas, y varias colecciones epistolares, atribuidas á los discípulos inmediatos de Jesús. El dogma fundamental de la divinidad de Cristo estaba ya fijado en sus líneas principales, el de la Trinidad, que había empezado á desenvolverse en tiempo de Marco Aurelio, Teófilo de Antioquia encontraba un filósofo de talento, Clemente de Alejandría y un apóstol de génio, Orígenes, que lo exponían resueltamente siguiendo los procedimientos dialécticos de la escuela alejandrina cuyos primeros vástagos cristianos eran.

Los sacramentos habían nacido también; de la acción de gracias que terminaba las agapas de los primeros cristianos, recuerdo de la última cena, había nacido el sacramento de la Eucaris-

tía; el bautismo, señal de adhesión á la Iglesia, se había convertido en un renacimiento del alma; la confesión, hecha primero públicamente á la asamblea de los fieles, empezaba por la fuerza de las cosas á dar lugar á la confesión auricular, medio maravilloso para gobernar las conciencias, y que en los siglos que iban á venir sería un instrumento civilizador de primera clase; á él se debe la moralización del mundo bárbaro. La unción judía hecha con aceite al moribundo, se indicaba ya como un sacramento en una *homilia* de Orígenes y los primeros vestigios de la tendencia que había de hacer del matrimonio, otro sacramento, y un precepto del celibato de los clérigos, que en los tiempos que historiamos podían casarse, aparecen ya.

Por supuesto la idea central de la disciplina eclesiástica, que hacia del obispo en Roma, el jefe de la cristiandad, continuaba haciendo progresos, y la vivaz autonomía de las primeras iglesias, que tenían sus liturgias, sus tradiciones, y sus tendencias especiales, iba absorbiéndose en ese gran movimiento de integración, cuyo núcleo era la capital del mundo.

Pero si la Iglesia progresaba en su organización interior, este no era un progreso pacífico, sino que provenía de terribles luchas interiores y exteriores. Interiores, como las heregias que acompañaron la formación del dogma cristiano, desde el primer momento de su vida, y en las que se contaminaron hombres como Orígenes, Tertuliano, Pablo de Samosata, etc., y como las ambiciones que perturbaban el orden en las iglesias, sobre todo en la de Roma. Precisamente en la época que narramos, tuvieron lugar en la capital del orbe los episodios singulares de que habla la obra titulada *Philosophumena*, encontrada hace cuarenta años, y cuyo

autor probablemente es un obispo de las cercanías de Roma; ella muestra el papel vergonzoso de algunos Papas de la época.

A pesar de esto, la Iglesia marchaba y tenía ya templos, cementerios públicos, y empezaba á organizar, ayudada por la devoción sin límites de las admirables mujeres de este doloroso período de la formación del cristianismo, asociaciones de caridad y de educación.

Severo, siguiendo el ejemplo de algunos de sus grandes antecesores y por idénticos motivos, mas bien permitió que dirigió una persecución provocada por las imprudencias de los cristianos, y las grandes ciudades como Alejandría, Antioquia, Smyrna, pero sobre todo Cartago, se ensangrentaron con las ejecuciones de los mártires.

Después de una expedición á la Bretaña insular, Severo murió dejando al imperio en una paz profunda y pronunciando estas palabras: *Vamos, veamos si hay algo que hacer*. Efectivamente, á su trabajo, á su recto aunque duro carácter, se debía la paz: la guerra vendría de su debilidad paternal (Febrero de 211.)

*Caracalla* (211-217) Severo dejó dos herederos, el mayor *Bassianus Marcus Aurelius Antoninus*, que tantas muestras de ferocidad había dado durante el reinado de su padre, empezó á gobernar matando á su hermano Geta, quizá tan depravado como él, en los brazos de su madre Julia Domna. El fratricida, fuerte con el perdón de su madre, que conservó durante todo el reinado, grandísima influencia, se comparó á Rómulo é hizo perecer, según Dion, hasta veinte mil personas que suponía partidarias de su hermano; entre ellos al célebre Papiniano que, mas enérgico que Seneca lo había sido en tiempo de Neron, se negó á hacer la apología del fratricida.